

LA OPINIÓN EN EL DÍA

Pero... ¡Cómo!: ¿"El Jesús" cautivo?

por Pedro SAUGAR

La inmediatez de nuestra Semana Mayor nazarena, rito y orgullo de Cuenca y sus gentes, parece vestirse este año de expectación inquietante, de incertidumbre y temor, ante el augurio de que algo grave pudiera acontecer. Y es que la lacerante sigla del 29-M pasado, fecha del último Viernes Santo que vendría a engrosar el catálogo de efemérides para el insomnio, dejó negra huella entre la ciudadanía.

Aquella lluviosa amanecida de ascensión hacia el Calvario, el escarnio inferido a Nuestro Padre Jesús Nazareno por una enardecida garulla de foráneos, -entre clangores, tamboreo y volandas de palillos- puso drama, y a punto anduvo la tragedia, en el albor de una ciudad sobrecogida, intimidada y agredida en su tradición, en su cotidianidad, e incluso en su fe.

Alguien ya apuntó en certero que "la abeja y la avispa liban en la misma flor, pero no logran la misma miel". Y hartos sabido nos es que los artífices de ese disturbio procesional -y de todas las bullangas que aún de menor incidencia que la que nos ocupa vienen asomando cada Viernes de Crucifixión- no son la turba que sube con Cristo al Calvario y a quien "mata por dentro ser parte de tu tormento" -como canta nuestra mejor lírica penitencial- no; son el vulgacho y la mugre que inexorablemente toman esta ciudad desde el mediodía del Jueves, convulsos por la desenfrenada ingesta de alucinantes para la agresión y la pendeñencia, y tal vez confundidos y mal encaminados hasta aquí por esos rastrillos de allende otros lugares en que les colocan una ajada túnica con que enmascarar su irreverente gamberrismo.

Cuenca despertó aquella tremenda mañana vejada porque a Jesús, a "su Jesús" de El Salvador, al "Jesús de la seis", se le había tenido que cobijar a la carrera en San Esteban para así protegerlo no sólo de la lluvia, sino también de la burla y el agravio de una desmadrada canalla. Humillación y dolor -no es preciso subrayarlo- que alcanzó por igual a hermanos y no hermanos de esta hermandad, a penitentes y espectadores, y, en suma, a la vecindad conque se vive en plenitud estas celebraciones procesionales.

Pero vamos, no venimos hoy a estas páginas para ahondar más en la abierta llaga de aquel viernes de violencia y enojo, y sí que lo hacemos, en cambio, -y hasta angustiosamente si se quiere- para ahincar en la sensatez, -y sobre todo en la valentía- de quienes tienen en su mano esta histórica decisión: dar continuidad a la normalidad de nuestra Semana Santa, velando en todo

momento por su integridad, orden y pujanza.

Planteemos la cuestión en sus justos términos: ¿Qué es lo que subyace -de verdad- en el ánimo de los cofrades de Nuestro Padre Jesús y qué les hace indoblegables en su negativa a desfilarse? (un año llevan ya anunciando su intransigencia, y con la ciudad en un puño): ¿Es la sangrante brecha por aquellos tristes sucesos que a todos cubrieron de oprobio y para los que no existe satisfacción que pueda ya repararlos? ¿es el remosqueo a una temida repetición agravada y dantesca en esta edición semanasantera que ya tocamos? ¿o tal vez resulte ser lo uno y lo otro?

¿Qué más da, nos contestamos. En todo caso se trata de un fuerte sentimiento de desolación y miedo (sí, llámese a cada estado emocional por su nombre: miedo), que perdura muy vivo entre quienes vivieron con más proximidad y hasta riesgo físico la barbarie de aquella chusma. Y esto -amigos- es comprensible, y hasta puede que explicable.

Pero hagamos una llamada a la serenidad y a la cordura, tensemos nervios y pongamos a trabajar inteligencia y razón. El asunto no resulta baladí como para claudicar, sin más, ante inflexibles y graníticas voluntades.

No es la negativa de una Hermandad a desfilarse procesionalmente este año, aún adobada que sea por hechos que pudieran ser condenables, ¡y lo son!, la mejor respuesta para con nuestra comunidad social, puesto que ni Cuenca pudo jamás esperarla, ni Cuenca se la merece.

La "procesión de las seis" con "el Jesús" en las calles es parte de la vida misma de esta tierra porque representa con toda fidelidad la simbiosis de un pueblo y su espiritualidad. Y no puede ni debe mantenerse ninguna tentación patrimonialista que haga peligrar esta santa tradición.

¿Quién debe decidir si el "Nazareno" madruga para cruzar ese día el portón de El Salvador? ¿acaso sólo los hermanos del "Jesús"? ¡qué error! ¿Es lógico supeditar un desfile procesional que despierta pasiones y convoca multitudes, a la aquiescencia de unos pocos cuyo intransigente empecinamiento venga a quebrar la ilusión de los más?

Y dejemos constancia de que cuantas reflexiones hacemos hoy aquí no pretendemos despojar de razón a los cofrades de la Hermandad protagonista -pues mucha es la que tienen-, pero tampoco nos permite aprobar una medida que se nos antoja desmesurada.

La representación pública del drama de la Pasión es un fenómeno que -aún esencialmente religioso- excede del ámbito de lo



meramente procesional y llega a toda la sociedad cuenseña. Es decir, precisamente por la multitudinaria participación humana que en ella se implica, desborda y sobrepasa toda previsión que desde su máximo órgano rector -la Junta de Cofradías- pudiera hacerse. La autosuficiencia, pues, para abarcar y dominar todos los aspectos que la celebración semanasantera conlleva escapa del alcance del poder de gobierno de los propios cofrades, y su complementariedad hay que buscarla fuera.

La Semana Santa es un fenómeno de multitudes y un acontecimiento social de primera magnitud, y como tal debe tratarse. Y en consecuencia, la unilateralidad de una decisión -por muy digna y competente que sea la junta de diputación, comisión ejecutiva o asamblea que la dictare (dejando aparte tentaciones de inmadurez y ligereza que a veces puedan primar)- no parece suficiente para alterar hábitos o conmemoraciones ancestrales de nuestros desfiles sacros. Habrá que apelar y apoyarse en la colaboración de la sociedad religiosa y civil, y demandar de su respectiva Autoridad, -con todo respeto, pero dentro de la máxima firmeza- que se "mojen" y trasladen a la opinión pública el mensaje tranquilizador que responde a la inquietud que pasamos a formular:

Sr. Alcalde y Sr. Subdelegado del Gobierno: Desde sus respectivas competencias y atribuciones, ¿están Vds. en condiciones de garantizar la normalidad y el orden durante el recorrido de la procesión "Camino del Calvario", sofocando y desarmando cualquier brote de violencia y extor-

sión que durante su itinerario pudiera sobrevenir?

Sr. obispo: Como máximo exponente de la autoridad religiosa, voz de la Iglesia, alta dirección en la Junta de Cofradías y pastor de esta grey que hoy se torna en nazarena, ¿podeis Vos -excelentísimo y reverendísimo señor- alentar e instar a los cofrades remisos a que abduquen de su indestronable resistencia induciéndoles al perdón y al olvido, y así se unan entusiastas a la continuidad ininterrumpida de esta pía tradición milenaria?

¿Cómo puede alguien osar -y lo han hecho- a poner en boca de su Ilustrísima palabras de aliento, apoyo y respeto hacia los dirigentes de la Hermandad del "Jesús" para que perseveren y no depongan su actitud? Increíble.

Y si el pronunciamiento que recabamos se produce en su tenor afirmativo que serene y sosiegue, como esperamos, ya no habría excusa alguna para seguir aferrándose a la postura negada tan reiteradamente anunciada por los dirigentes de Nuestro Padre Nazareno; desaparecería el temido interregno procesional de una de las más emblemáticas imágenes, y el "viernes" -a las 5,30 horas- se produciría de nuevo la apertura de esa puerta de El Salvador convertida en joya por Zapata, para que por ella asomaran las tres venerables hermandades que el pueblo de Cuenca espera: "el Jesús", San Juan y la Soledad.

¿Y no cree entonces la Junta de Nuestro Padre Jesús -muy respetable, pero cuestionada en su última trayectoria- que resultaría aconsejable deponer intransigencias y abrirse a la conciliación con los hermanos disi-

dentos y con la inmensa mayoría de la población que anhela el apeamiento de esa tozudez rayana en lo excesivo?

¿Recluir al "Jesús" no equivaldría a claudicar ante esos piques de salvajismo y barbarie que se han convertido en habituales invasores de nuestra Semana Santa?

¿O es que nadie en esa Junta es capaz de propugnar que donde debe estar "el Jesús" el Viernes Santo -desde que apunta el alba- es en la calle, a la intemperie, portado por su pretoriana escuadra de banceros y despertando el fervor de Cuenca entera?

¿Tal vez es que en ese Viernes de desgarrar nuestras calles (bajada hacia Puerta de Valencia, Las Torres, Carretería, Palafox...), son el presagio de una más hiriente hostilidad para Jesús sobre las andas que la sufrirá el Hijo de Dios en su largo vía crucis por la Amargura?

¿Y no sería esta vana cautela del "aparcamiento" del Nazareno el peor tributo para con aquellos heroicos hermanos que en diciembre del 38 -preagonizante la Guerra civil- confían a Marco Pérez la ejecución de tan simbólica talla objeto de esta polémica?

¿Es que esos hermanos aprobarían hoy desde el Cielo -55 años después- la reclusión de la imagen por mor de esa controversia?

Y no sigo haciéndome preguntas, pues bastantes se hacen ya mis hijos -cuatro de ellos turbos, y alguno censado en "el Jesús"-, amén de los nietos que desde su nacimiento reclaman la afiliación nazarena.

Y ninguno, ninguno de ellos, está dispuesto a aceptar la orfandad nazarena que se avecina.